

PALABRAS INICIALES

Luis Millones

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Ha sido un verdadero placer trabajar con tan magníficos contribuyentes bajo el recuerdo de Arguedas y el impulso demandante de sus obras. Mientras lo hacía, me tocó asesorar una comisión parlamentaria que debería pronunciarse sobre un nuevo conflicto entre el Estado y las poblaciones indígenas. A lo largo de los seis meses que transcurrieron en esta doble tarea, la reflexión de una y otra misión se combinaron haciéndome ver otros ángulos de la cruzada emprendida por nuestro nuestro escritor, y apreciar aun más la labor de los contribuyentes en este número especial de la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*.

No fue un recuerdo nostálgico de José María el que llegó a mi mente, ni creo que a la de los autores aquí reunidos. En todo caso, su presencia fue inevitable por la vigencia de los problemas con los que tuvo que lidiar. A principios del siglo XX, el congresista peruano Julio César Arana esclavizaba a los nativos witotos en sus empresas que sangraban el látex de los árboles de caucho, en territorio amazónico. En nuestros días, los wampis y los awajunes han visto recortadas las tierras de sus ancestros en miles de hectáreas, para permitir el ingreso de modernas compañías mineras en busca de oro y petróleo.

No son los ecos del indigenismo histórico de *Tempestad en los Andes* los que iluminaron la imaginación de Arguedas; fue la reflexión cotidiana sobre los problemas de larga duración que afligían y siguen torturando a los peruanos. La “cabeza de Goliath” que Ezequiel Martínez Estrada denunciaba para Argentina, y que nuestro autor encontró tantas veces en el enfrentamiento de Lima con “el interior”, no ha desaparecido; más aun, su distancia con el resto del país no cabe ya en la metáfora del escritor porteño. Los indígenas o

nativos (la ambigüedad la copia de los documentos oficiales), de la Sierra y la Selva (los de la Costa se consideran extintos) son una categoría inclasificable en la estructura administrativa de los gobiernos nacionales. De nada valen los acuerdos firmados en arenas internacionales, tales como el Convenio 169 de la OIT, si se incorporan para ignorarse cuando el reclamo por la modernidad se confunde con la venta acelerada de los recursos naturales. El país se convierte en vasto lugar que puede cuadricularse para ubicar las partes del subsuelo que puede venderse en el mercado exterior. Esto es posible porque esos espacios se presumen sin habitantes o, peor, se les descalifica por considerarlos sin capacidad de participar en las decisiones sobre sus propios territorios.

Curiosamente, se repite la paradoja que vivieron los conquistadores. Buscaban el Paraíso Perdido bajo los nombres de El Dorado, la Tierra de los Césares, etc., pero una vez arribados, convirtieron a sus pobladores originales en servidores de por vida.

Arguedas fue la voz de esos seres invisibles, que no han desaparecido, y que las estadísticas nos dicen que superan los cuatro millones, si reducimos la cifra a los que tienen como lengua materna la de sus antepasados. Desde la construcción de un lenguaje literario que los hiciera protagonistas, hasta la mirada de su mundo sobrenatural en un territorio en crisis como fue Chimbote, nuestro autor fue el intérprete necesitado para una sociedad en la que conviven capas de humanidad que son forzadas a ser antagónicas y desiguales.

Bastaría lo dicho para reconocer el enorme rol de José María en las disciplinas que ejemplifican nuestros colaboradores. Pero él nos ha dejado muchos más caminos abiertos por recorrer. Mencionaremos dos ejemplos: la traducción del manuscrito de Huarochirí ha creado una vía de comprensión tibiamente explorada en las religiones precolombinas y contemporáneas, que se hace inmensa si la comparamos con lo que han hecho los mexicanos y mexicanistas con respecto al *Popol Vuh* o los libros de *Chilam Balam*. Lo mismo se puede decir de su tesis doctoral, que es el resultado de un trabajo etnográfico en España, algo que no tenía antecedentes y que no hay peruano que haya intentado repetir.

Sin hacer el intento de construir la lista interminable de sus contribuciones, diremos que la obra del escritor recuerda a los estudiosos que las ciencias sociales no son el registro frío recogido en los censos, las oficinas administrativas locales o nacionales, tampoco

son lo que graban nuestros videos u otros aparatos electrónicos. El ángulo especial de su actividad fue la mirada estética de la población andina. Su capacidad de “leer” sus canciones, escuchar sus relatos y darles formas para que llegasen transformados, pero vitales, al gran público. Arguedas no sólo escribió, también cantó y, en ocasiones, por encima de las conferencias formales, que nunca le gustaron, utilizó la gestualidad y usó su cuerpo para mostrar las sensaciones que emanaban de la gente que lo veía en muchos sentidos como su intérprete.

Me tocó en cierta ocasión ser testigo del relato que hiciera del cuento “El sueño del pongo”. Asumiendo que ya lo conocen, me referiré a la manera de presentarlo. Al describir el pasaje en que los ángeles se acercaron a los recién llegados de este mundo, José María se transformó primero en el ángel joven y hermoso, ricamente vestido y con gesto triunfador que pareció hacerse cargo del hacendado. Poco después, cojeó, respiró con dificultad, bajó los hombros y agachó la cabeza para indicar que reencarnaba al ángel menesteroso, cubierto de canas y con alas caídas, que debía auxiliar al servidor indígena. Fue una performance fantástica para el auditorio reducido de su pequeño departamento, pero nos sirvió para ser privilegiados con la posesión de su cuerpo que hacían sus personajes, que dejaba de ser suyo, para ser de todos ellos o, más bien, de todos nosotros.

No vale la pena alargar estas líneas preliminares, quitando el espacio a las contribuciones de nuestros colegas. Ahora, querido lector, le toca conversar con su obra.